



CAPÍTULO XI.

SALUDO EN EL OCASO.

POCO á poco los concurrentes fueron tomando una parte tan activa en aquella escena, que identificados con la situación, presentaban el aspecto de una sola familia.

La conciencia pública estaba manifestada allí con toda su severidad implacable.

Todas las miradas preñadas de rencor, se fijaban en Gómez, y cada uno de los circunstantes lo condenaba en su interior.

—¿Quiere decir, prorrumpió el juez, que

ha recibido usted el dinero, que le entregaban con la condición de no hacer mal al niño, y usted en vez de dejarlo libre, lo mandaba matar.

—¿Yo? exclamó Gómez maquinalmente, agobiado bajo el peso de la acusación, yo... no he recibido ningún dinero, porque si lo hubiera recibido....

—¿Qué hubiera usted hecho? hubiera usted dejado libre al niño ¿no es verdad?

—¿Yo?... pues si yo no sé eso del niño.

—Desearía usted no saberlo, pero precisamente porque lo sabe usted mejor que nadie, es por lo que ya no acierta usted ni á defenderse.

Don Santiago había caído en el abatimiento, tenía la cabeza apoyada en ambas manos y sufría en aquellos momentos de una manera terrible.

El maestro herrero se limpiaba las lágrimas con la mano.

Doña Mariana y doña Gertrudis, lloraban también.

—Que vayan dos hombres á caballo y á

todo correr, para ver si aún es tiempo de salvar al niño.

Salió de la sala un hombre que comunicó desde luego la orden; dos vecinos facilitaron sus mejores caballos y á pocos momentos, dos hombres atravesaban á caballo y á escape montes y llanuras.

No cesaron las diligencias del juzgado, ni dejó de estar concurrido un solo momento, pues todos los vecinos estaban pendientes del resultado de aquella causa, en la que se interesaban vivamente.

Don Nestor estaba jadeante, porque llevaba muchas horas de un trabajo no interrumpido; había tomado muchas declaraciones y había escrito muchos pliegos de papel.

Gómez estaba cada vez mas abatido y le faltaba ya muy poco para acabar de perder la moral: la muerte le inspiraba un terror pánico.

Algunos curiosos se habían alejado, y en la sala del juzgado permanecían aún, después de muchas diligencias practicadas, ade-

más de los reos, don Santiago, el herrero, doña Mariana y doña Gertrudís.

—Por última vez, le decía el juez á Gómez, confiese usted su delito: al fin el destino de usted está fijado y las negativas de usted no servirán, en ningún caso para salvarlo. Hay graves presunciones que hacen creer, que el niño á quien usted ha plagiado es su propio hijo, y ya muy pocas pruebas legales nos faltan que aducir, para que este punto de la causa que se instruye quede completamente aclarada. Acaso todavía sea tiempo de salvar á ese niño, y su obstinación de usted en callar va á causarle la muerte, diga usted la verdad.

Gómez pareció reflexionar por largo tiempo y al fin exclamó:

—Pues la verdad de Dios, sí, señor; yo también estoy seguro de que ese niño es mi hijo y eso es lo que me puede más que la muerte, señor; porque á mí ¿qué me ha de hacer la muerte? pero pensar que ese niño es mi hijo, la verdad señor, eso sí no lo puedo sufrir, y entonces vale más pagar de una

vez, que al fin en poniéndose bien con Dios...

—¿Pero bien, dijo el juez, usted ha tenido en su poder á ese niño?

—Sí, señor.

—¿Y ha recibido usted el precio de su rescate?

—No, señor.

—Y el niño dónde está que no viene? ¿por qué no está libre?

—Pues... porque no puede señor, dijo Gómez llorando.

—¿Cómo, por qué?

—¡Porque lo han matado! señor, y por mi culpa, porque estaba seguro de que don Santiago no daría el dinero, y ya es tarde para salvarlo señor, ya es tarde.

Lloraron á un tiempo don Santiago, el herrero y las dos ancianas, y reinó un largo silencio en la sala.

—¿Pero en dónde está ese niño? diga usted al menos, insistió el juez, ¿cuál fué el teatro de ese crimen, en qué lugar lo mandó usted matar?

—¿En dónde está el niño? preguntó uno de los jueces.

—¡Ay señor! ojalá supiera dónde está, iría á besar su sepulcro.

—¡Aquí estoy! aquí estoy! gritó un muchacho al través de una de las ventanas de aquella sala, que daba á la calle, ¡aquí estoy!

Don Santiago se levantó de su asiento violentamente.

—¡Es Gabriel! gritó doña Mariana.

—¡Es mi hijo! gritó don Santiago.

—¡Gabriel! dijeron varias voces.

—Gómez iba á dar un paso hacia la puerta, pero su guardian se lo impidió y ya don Santiago estaba colocado al lado de Gómez, cuando entró en la habitación un niño con los vestidos desgarrados y con la cabeza descubierta.

—¡Papá! gritó al ver á don Santiago, ¡papá de mi alma! y se abrazó fuertemente á las rodillas de don Santiago.

Gómez estaba sujeto por los brazos entre sus dos guardianes.

Detrás de Gabriel se había arrodillado el maestro herrero.

—Yo también soy su padre, dijo el herrero ¿ya no me conoces?

—¡Sí, sí! gritó Gabriel lleno de júbilo ¡usted también! sí, usted es mi primer padre... no, mi segundo, agregó Gabriel con una vivacidad cómica.

—¿Y yo, hijo? exclamó doña Mariana, acercándose, yo?

—¡Usted, usted! doña Mariana, yo creía que usted no me quería, pero está usted llorando.

Y Gabriel se abrazó de doña Mariana con ternura tal, que la pobre vieja estuvo á punto de morir de placer.

Entretanto se había entablado una especie de lucha entre Gómez y sus centinelas.

Don Santiago impedía con su cuerpo, que Gómez viera á Gabriel, y los centinelas que á su vez estaban enterados de la situación, detenían á Gómez, y no le permitían hablar, pues cada vez que éste pretendía hacerlo, uno de los centinelas le tapaba la boca.

Hacia el corredor vecino, se percibía un rumor de voces, y como un altercado.

—¿Qué es eso? preguntó don Nestor.

—Es una señora enferma que pretende entrar.

Don Santiago lo comprendió todo, dijo dos palabras al juez y salió de la pieza.

El juez mandó retirar á Gómez á su calabozo, y se suspendieron los procedimientos.

Gabriel quedó en brazos del herrero y de doña Mariana, á quienes empezaba á contarles la historia de sus padecimientos.

En una de las piezas inmediatas á la del juzgado hablaba á la sazón don Santiago con Salomé.

—¡Quiero verlo! decía Salomé, quiero ver á mi hijo, y luego moriré mas consolada, pero ya que Dios no ha querido quitarme todavía la vida, aprovecharé mis últimos momentos para conocer á mi hijo, señor don Santiago.

—Si al menos, dijo éste, esos últimos momentos de que según usted puede dis-

poner, los empleara en no amargar más la vida de ese niño.

—¿Amargar más su vida? preguntó Salomé.

—Oíga usted, señora, ese niño ha sufrido mucho, creo que no debe conocer á su padre.

—Bien, sí, que no lo conozca, pero yo quiero verlo, quiero ver si es como yo me lo he figurado hace once años, lo tengo aquí, en la imaginación; pero á pesar de eso lo amo como si hubiera vivido conmigo, y ya que no lo he visto crecer, ya que lo he llorado mil veces muerto, ya que yo voy á morir tan pronto, al menos que tenga esa compensación de todos mi pesares y que un solo momento pueda ser feliz á su lado, sí, porque yo seré feliz sólo con verlo, ya sabe usted cuánto he sufrido buscando este momento.... ¡y privarme ahora de él, sería condenarme á morir de desesperación!

—Ese niño no debe saber quién es su padre.

—Sí, ya lo sé, porque su padre va á mo-

rir ignominiosamente, y de nada le serviría conocerlo tan tarde; pero señor don Santiago, yo que no soy culpable sinó porque he sido madre, no es justo que me prive de ver á mi hijo.

—¿Se conformaría usted con verlo?

—¿Sin abrazarlo? sin hacerle caricias?

Don Santiago no se atrevió á decirle que no, y dijo solamente.

—Sin llamarle hijo.

—¡Ay! porque ya sé que no soy digna de ser su madre, pero esa palabra no se dice con los labios, está en el corazón y se sale; ¿por qué castigarme más todavía? ¿por qué condenarme á un nuevo tormento? ¡Don Santiago, por Dios! siento que ya las fuerzas me abandonan, que se nubla mi vista y quiero tener ojos para ver á mi hijo, y fuerzas para abrazarlo; usted no sabe ser cruel, usted que lo ama, usted que ha sabido ser su padre, calcule usted cuál será mi dolor si no lo veo; usted ha llorado al verlo, ¿y quiere usted que yo no llore también? déjeme usted derramar mis últimas lágrimas.

mas, déjeme usted bautizar á mi hijo con ellas, y después.... y después usted más feliz que yo, seguirá siendo su padre, y Dios le pagará á usted á mi nombre, á nombre del amor eterno, tráigame usted á mi hijo, quiero verlo, quiero verlo.

Doña Mariana y el herrador, tenían de la mano á Gabriel formando un grupo á la puerta de aquella habitación.

—Ven, dijo don Santiago á Gabriel, ya esto no tiene remedio.

Cuando Gabriel estuvo cerca de Salomé, sintió que dos brazos lo rodeaban y que una respiración anhelante y ardiente bañaba su rostro, sentía que era el objeto de un arrebato loco é incomprensible, pues no sentía en aquellos momentos lo que acababa de sentir con don Santiago y con doña Mariana.

Pasó por su mente la idea de que aquella mujer fuese su madre, supuesto que con tanta ternura lo acariciaba, pero aquello era una suposición más bien que un sentimiento.

Parecía que Gabriel acababa de agotar el

caudal del sentimiento filial, al abrazar á don Santiago.

Estas primeras impresiones, parecían haber agotado ya su sensibilidad, y un sentimiento más amargo que tierno y más de compasión que de amor, lo retenía sin embargo en brazos de aquella mujer, cuyo contacto febril le causaba una impresión extraña.

Don Santiago, el herrero y doña Mariana, contemplaban aquel cuadro; pero solo don Santiago estaba comprendiendo toda la amargura que contenía.

Gabriel cedió á un sentimiento no expansivo ni entusiasta, pero que al menos Salomé pudiera tomar por ternura.

Afortunadamente Salomé en aquellos momentos estaba inundada con su propio amor, amor que llevaba en sí, toda la abnegación del amor de madre, y no se apercibió de que en el fondo de aquel cuadro de amor, el mayor castigo de una madre consistía en la frialdad de un hijo, que se había criado en otro regazo, que no se ha-

bía nutrido á sus pechos y que no había aprendido nada de ella.

Don Santiago vió con profunda amargura que se realizaban sus predicciones: aquella emoción era superior á las fuerzas de Salomé, quien á poco rato se quedó sin conocimiento, pero fuertemente abrazada á su hijo.

Fué necesario abrirle los brazos para separar á Gabriel de entre ellos.

—Apenas pudo Gabriel hablar á don Santiago le preguntó:

—¿Es cierto que es mi madre?

—Es cierto.

Entonces Gabriel se arrodilló para contemplar con amarguísima atención aquel semblante marchito y en el que se dibujaban ya las siniestras sombras de la muerte.

—Parecía que en aquel momento nacía en el corazón de Gabriel el mas puro y el mas santo de todos los afectos: forjaba un mundo en un momento, improvisaba una vida en cada una de sus miradas y poco á poco fué entrando en un santuario de amor

del que había vivido expulsado por un destino cruel.

Habló don Santiago algunas palabras al maestro herrero y á doña Mariana quienes desaparecieron en seguida.

—Acaríciala, dijo don Santiago á Gabriel, ámala, háblale.

—Madre, dijo Gabriel con una voz muy conmovida.

Y como si esa palabra hubiera herido todas las fibras del cuerpo de Salomé se sacudió con un estremecimiento nervioso y en seguida se dibujó en sus labios una sonrisa inefable.

—¡Pobre madre! murmuró para sí don Santiago, enjugándose una lágrima.

Entretanto Gabriel separaba con ambas manos el cabello que caía sobre la frente de Salomé, en quien fijaba más y más su vista como si quisiera cerciorarse de que todo aquello era una realidad y no un sueño.

Después de algunos momentos llegaron el maestro herrero y doña Mariana: el herrero había ido á la parroquia para traer

consigo al señor cura, y doña Mariana llegaba con la persona que en el pueblo hacía de médico.

Salomé no había podido hablar y no articulaba mas palabras de vez en cuando sino estas: «hijo, hijo mío» «hijo»...

El señor cura era el mismo que había bautizado hacía once años á Gabriel y era también el mismo padre que había dicho la misa que Salomé no pudo oír porque prefirió leer el certificado que le había dado Gómez.

Hubo necesidad de convertir aquella pieza del juzgado en una habitación apropósito para asistir á un enfermo, y apenas hubo en ella lo mas indispensable comenzó la agonía de Salomé.

El sacerdote y don Santiago no se separaron de la cabecera de la enferma y ésta á su vez no soltó de entre las suyas las manos de Gabriel sino cuando ya no tuvo fuerza para contraer los dedos.

Por fin, exhaló el último aliento, clavando su mirada en lo alto, mirada que empezó

siéndolo y acabó por ser la de esa escultura que se llama cadáver.

Don Santiago tomó la mano de Gabriel y poniéndola sobre la inmóvil frente de Salomé le dijo.

—Cierra esos ojos.

Gabriel, ejecutó esta operación, dejando caer gruesas lágrimas sobre el pecho de la muerta.

En seguida reinó en aquella pieza y en el juzgado el silencio de las tumbas.



CAPÍTULO XII.

DE LO QUE PASÓ Á LOS APRECIABLES
PASEANTES A SU REGRESO Á
MÉXICO.

HMPRENDIÓ por fin la marcha á México la reunión de familias de la hacienda grande.

Doña Refugio no insistió en que se le diera escolta, desde el momento en que se supo la prisión de Gómez.

El camino fué triste en general para todos los viajeros, aunque debemos decir en honor de la verdad, aunque un poco en contra de la sinceridad amistosa, que cada cual,